

# **X Congreso Latinoamericano de Ciencia Política**

**Ponente (autor): Pamela Azpeitia Macías**

**Eje temático: Comunicación Política, Opinión  
Pública y Redes Sociales**

**Institución: Universidad Iberoamericana (CDMX)**

**Correo electrónico: pame.jmcf@gmail.com**

**Título de la ponencia: El impacto de la  
comunicación política de Andrés Manuel López  
Obrador en las emociones de sus simpatizantes.**

# **El impacto de la comunicación política de Andrés Manuel López Obrador en las emociones de sus simpatizantes.**

## **Abstract**

El objetivo de la ponencia es demostrar que el modelo comunicativo de comunicación presidencial personalista y populista tiene efectos perversos en las emociones que producen incentivos plebiscitarios en el pueblo, que al final no necesita intermediarios institucionales, poniendo en riesgo el sistema democrático. El proyecto presentado está en curso y para comprobarlo se hará un análisis de contenido del discurso del Presidente de México Andrés Manuel López Obrador y una vez realizado esto, se realizará un análisis de la influencia que tiene tal discurso en las emociones de sus simpatizantes.

## **Introducción**

A partir del triunfo electoral del mandatario mexicano Andrés Manuel López Obrador (2018 – 2024) y de su toma de posesión, el manejo de la figura presidencial en términos de comunicación dio un giro importante, dada la gran presencia mediática que el personaje ha tenido por más de una década, y gracias al discurso polémico que lo caracteriza y a las políticas públicas que ejerció durante su mandato como jefe de gobierno del Distrito Federal (desde el año 2000 y hasta el 2005). Los factores mencionados anteriormente han ocasionado que, en más de una ocasión, al político se le catalogue como populista, mesiánico y generador de polarización social, y, como presidente, al no contar con una legítima oposición, valiéndose de su discurso antagónico y de la sólida relación que sostiene con “el pueblo” mexicano, se pretende comprobar en este documento que, al apelar a las emociones de tal pueblo, el modelo de comunicación del Presidente de México Andrés Manuel López Obrador, concentrará el poder de forma considerable.

Tal concentración de poder podría cambiar el curso del sistema democrático en México, y en la demostración de ese hecho es que radica la relevancia del

presente trabajo, ya que, en el caso de López Obrador, si bien no se cuenta con el apoyo de los medios de comunicación tradicionales (radio, televisión y prensa escrita), como sí sucedía en sexenios anteriores, a través de las conferencias mañaneras que ofrece de lunes a viernes a partir del inicio de su mandato, estaría llevando a cabo un modelo de comunicación política en el que aprovecha la aceptación que tiene por parte de gran parte de los mexicanos y construye una narrativa populista dicotómica a fin de, como ya se había mencionado, concentrar un mayor poder del que ya posee a nivel político.

Por lo anterior, en las páginas siguientes se desarrollarán las variables antes enunciadas (discurso populista dicotómico y relación entre el líder y el pueblo) para comprobar su función como componentes que articulan la categoría principal de este trabajo: Comunicación presidencial populista, a fin buscar su interrelación con el efecto que se pretende demostrar (concentración de poder), en primera instancia, dentro de los debates literarios que se han suscitado al respecto, y posteriormente tomando como base los datos e indicadores empíricos esenciales para esta investigación.

Para comprender la primera variable, referida a la estrategia discursiva dicotómica y populista, es imprescindible comprender precisamente la dimensión discursiva del populismo, el cual, a pesar de haber sido abordado por una ingente cantidad de teóricos y académicos, sigue siendo un concepto cuyo contenido no ha sido completamente clarificado (Laclau, E., 2005), ya sea por la connotación peyorativa que se le ha proporcionado o por las contradicciones y tendencias con que se le ha relacionado a través del tiempo (nacionalismo, fascismo, socialismo, etc.). Dado lo anterior, una de las finalidades de este trabajo de investigación es realizar un recorrido histórico e interpretativo de los debates literarios que envuelven la categoría analítica referente a la comunicación presidencial populista, dentro de la cual, como ya se enunció, el enfoque principal es el análisis de la estructura discursiva polarizante. Asimismo, en segundo plano, pero no menos importante, el modelo teórico y los debates en la literatura que abordan la identificación de las masas con el dirigente populista son fundamentales porque nos permiten conocer al populismo en tal sentido, las acepciones que se le da a lo que se considera

“pueblo”, causas por las que surge dicha identificación y casos que, si bien son cambiantes y particulares hasta cierto punto, posibilitan la relación de contextos a través de características similares. El trabajo se dividirá en dos partes esenciales; la primera se refiere a un análisis concerniente al populismo (desarrollo histórico), su estrategia discursiva y polarizante (élite versus el pueblo), la emergencia del líder dada la falta de identidad y vacío de autoridad. La segunda parte estará dedicada a las discusiones literarias en relación con los orígenes, causas, características e injerencia del componente emocional en el vínculo entre un líder carismático y el pueblo – con las acepciones que se tenían del concepto “pueblo”, “masa” o “multitud” en aquel entonces.

El interés particular en el estudio de las emociones en relación con el populismo radica en la comprensión in situ más completa del significado (o significados) de cada populismo. Kenneth Minogue subrayó esto desde el principio, pero también encontró muchos que seguían su ejemplo: “Comprender el movimiento (populista) es descubrir los sentimientos que conmovieron a las personas”. (1969, p. 197) Esto significa que no hay uno sino muchos – aunque interrelacionados – sentimientos, que, en efecto, permiten la existencia del populismo como una práctica, un movimiento, un partido y un régimen. Más aún, dado que el discurso ideológico populista (o código y estilo) se articula con otras ideologías y se adapta constantemente a diversos entornos políticos, religiosos y sociales (Taggart 2000: 2-4, 55, Taguieff, 1995). En el contexto de los populismos particulares, que florecen en culturas políticas nacionales particulares, entonces, uno puede encontrar fácilmente una amplia gama de sentimientos, que incluyen nostalgia, angustia, desamparo, odio, venganza, éxtasis, melancolía, ira, miedo, indignación, envidia, rencor y resentimiento. Al respecto, Canovan (1999), presentó su noción de un "estado de ánimo populista" como un ingrediente fundamental de los movimientos populistas. Para esta distinguida teórica del fenómeno populista, la política populista no puede sino basarse en "emociones intensificadas" para líderes carismáticos, como el "entusiasmo" y la espontaneidad. Esto no es solo para los casos históricos de populismo reaccionario (nazismo, bonapartismo, etc.), sino también para los populismos "sanos", que aparecen en las democracias

occidentales y apuntan al "renacimiento redentor" de la política, más allá del estilo gerencial y pragmático del gobierno. Pero, aparte de esta llamada general, Canovan no intenta una especificación del "estado de ánimo" emocional populista. Recientemente, en su intento por encapsular al zeitgeist (espíritu de la época) populista en las democracias occidentales contemporáneas, Cas Mudde (2004) no hace justicia a la dimensión afectiva del populismo, ya que solo hace tres referencias al resentimiento político, al liderazgo carismático y al aumento de la ira de la mayoría silenciosa.

### **Estrategia discursiva populista: la dicotomía "pueblo" versus "élite".**

El populismo a menudo se clasifica como una ideología (Canovan, 1999; Mudde, 2004; Abts and Rummens, 2007; Stanley, 2008) y esta visión ha ganado fuerza en los últimos años, debido, en parte, a la útil definición de Cas Mudde (2004), quien afirmaba que

el populismo es una ideología centrada en lo delgado que considera que la sociedad se separa finalmente en dos grupos homogéneos y antagónicos: 'el pueblo puro' y 'la élite corrupta', y que sostiene que la política debe ser una expresión de la voluntad general del pueblo" (Mudde, 2004: 543; Mudde y Rovira Kaltwasser, 2012: 8).

Y si bien es cierto que este tipo de estructura discursiva ha sido predominante en gran parte de regímenes con tendencias populistas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX en Europa, Norteamérica y América Latina, es menester analizar cómo se han configurado esta clase de narrativas dicotómicas que se gestaron en los populismos más clásicos y trascendentes del mundo (Rusia, Estados Unidos y Francia).

En diferentes épocas y tomando en consideración diversos ámbitos, se observa que, tanto Mudde (2004) como Rovira Kaltwasser (2012) tienen claro que el populismo usualmente sugiere dentro de su ideología que debe existir una dicotomía, dos polos enfrentados para los cuales las causas de enfrentamiento generalmente tienen que ver con reivindicaciones nacionalistas, de reforma, movimientos de clases sociales con inclinaciones hacia corrientes marxistas y/o

causas progresistas relacionadas a posiciones políticas (izquierda – derecha), como lo enuncia Germani.

En cuanto a su fenomenología, Urbinatti (2013) describió el populismo como un cierto estilo político o conjunto de tropos y figuras retóricas, pero es más que eso porque también busca el poder estatal para implementar una agenda política cuyo carácter principal y reconocible es la hostilidad contra el liberalismo y los principios de la democracia constitucional, en particular los derechos de las minorías, la división de poderes y el pluralismo de partidos.

Siguiendo a Carl Schmitt (1996), los populistas reconocen el conflicto político ya que conciben la política en términos bipolares, como un escenario en el que los amigos y los enemigos se enfrentan. No obstante, consideran el conflicto como un medio o un momento catártico en la creación de una unificación completa de la gente, valorando más la polarización que una atmósfera de pluralidad. El autor que previó claramente un riesgo populista contenido en el “gobierno de opinión” fue Claude Lefort (1988), quien describió el totalitarismo en el intento de comprender la implicación extrema de un proyecto Lefort describió este proceso como "condensación... entre la esfera de poder, la esfera de la ley y la esfera de conocimiento" (p. 13). Lefort también afirmó que el populismo produce una concentración de poder y lo hace en el intento de resolver la "paradoja de la política", que Urbinatti deriva de Bonnie Honig (2007), término que consiste en "determinar quién constituye el pueblo". Lefort (1988) concluyó que, mientras ciertos procedimientos de la política dejan vacío el lugar del poder en las democracias, el populismo quiere llenar ese espacio vacío a través de un trabajo hegemónico de realineación ideológica de las fuerzas sociales, pero Laclau (2005) corrigió esa idea y sostuvo que el objetivo del populismo consiste en vaciar el lugar del poder para volver a ocuparlo, lo cual implica erosionar el dominio simbólico y sustituirlo por la materialidad del poder. Desde el reconocimiento de que el marco simbólico de poder es el que sostiene un régimen político, el populismo deduce su misión, que consiste en ocupar y conquistar ese marco simbólico (Urbinatti, 1998).

Una de las “promesas” discursivas de los movimientos populistas ha sido, desde sus inicios, “regresar el poder al pueblo” y existen principalmente 3 corrientes en el mundo que ilustran adecuadamente el origen del populismo como forma de otorgar poder al pueblo: el Partido Populista norteamericano (abordado por Durden, 1965; Hicks, 1931, Hofstadter, 1955 citados en Vilas, 1994), los narodnikis rusos (Fourier y Proudhon citados en Vilas, 1994) y el “boulangismo” francés (del cual han hablado teóricos como Hermet, 2001; 2013; Passmore, 2012; Birnbaum, 2012, citados en Vilas, 1994). Desde el siglo XVIII, el populismo, tanto como retórica política como movimiento político, se ha convertido en una forma viable de expresión colectiva de resentimiento contra los enemigos internos de "la gente". Su fuerza oculta descansaba en su creencia en una supuesta pureza de orígenes contra una supuesta complejidad artificial de la civilización (Urbinatti, 1998).

El populismo estadounidense se consideró un movimiento progresista, de reforma social, de base sobre todo agraria, pero con adhesión de sectores de asalariados urbanos del oeste. Sus bases se gestaron luego de la guerra civil; su decadencia tuvo lugar después de las elecciones de 1896, pero durante administraciones como las de Franklin D. Roosevelt y Truman, algunas políticas eran similares a ciertas reivindicaciones populistas del siglo XIX (Vilas, 1994).

En un inicio, la finalidad populista era enfatizar en la necesidad de crear cooperativas que fueran manejadas por los granjeros y posteriormente exigieron elección directa de senadores “populistas”, la creación de un banco de ahorro postal, el control gubernamental de los ferrocarriles y las compañías telefónicas, así como la supervisión federal de las corporaciones, derecho de iniciativa y referéndum, impuesto a la renta progresiva, bimetalismo y otras propuestas diseñadas para limitar el gran poder de corporaciones y devolver el gobierno al pueblo (Vilas, 1994).

Canovan (1981) consideró relevante hacer una distinción de peso entre un populismo agrario y otro no necesariamente rural, sino político basado en la relación entre el pueblo y las élites. En el caso del populismo agrario, resaltan

elementos como el radicalismo agrario (por ejemplo, el Partido del Pueblo de los Estados Unidos), los movimientos campesinos (como el Levantamiento Verde de Europa del Este) y el socialismo intelectual agrario de los narodniki rusos. En cuanto a los “populismos políticos”, como los denomina Canovan (1981) en su tipología, sobresalen

las dictaduras populistas como la de Perón en Argentina, las democracias populistas que incluyen los llamados a referendos y a la “participación ciudadana” que también aborda Germani (1977); los populismos reaccionarios y el populismo de los políticos a través de la construcción de coaliciones no ideológicas que se benefician con la convocatoria unificadora al “pueblo”. (p. 13)

En torno a las discusiones literarias acerca del populismo estadounidense, las investigaciones han pasado por tres momentos. Durante la crisis de 1929 fue visto como un movimiento progresista y uno de sus principales representantes fue Hicks (1931, citado en Vilas, 1994). Luego, alrededor de 1950, se le dio un enfoque negativo, considerándosele una variante de fascismo por Hofstadter (1955), quien a su vez, en uno de sus textos de gran relevancia, enfatizó los elementos más adversos del populismo, como la existencia de un antisemitismo retórico (no práctico) o la tendencia del populismo a englobar una teoría de conspiración en la historia, afirmando que los banqueros, judíos o ingleses son los responsables del empobrecimiento de los auténticos estadounidenses; gran parte de la desconfianza de este autor hacia el populismo está directamente relacionada con la apelación ideológica del populismo a la sabiduría del pueblo, del común de la gente, frente a la reprochada complicidad de los intelectuales con los capitalistas del este. Finalmente, a partir de 1960, el populismo retomó su interpretación como un fenómeno progresista y hasta socialista, aunque no radical. Los textos de Durden y Saloutos (1965, citados en Vilas, 1994) representan ese momento de revalorización histórica del populismo en la literatura (Vilas, 1994).

El populismo o narodnichestvo ruso se desarrolló en la misma época que su contraparte estadounidense, pero en el caso de populismo ruso es preciso resaltar el carácter provinciano. El narodnichestvo tuvo como núcleo esencial la cuestión de la viabilidad del capitalismo en Rusia, ya que tenía como meta el desarrollo de

una vía alternativa al capitalismo que sorteara los males que éste generaba en el pueblo (y que en el futuro ocasionaría su forma evolucionada, el neoliberalismo). Al final, sería posible pasar directamente al socialismo y evitar caer en el capitalismo, cuyo desarrollo en Rusia creó las condiciones para el surgimiento del populismo.

En cuanto a la relación entre el gobierno populista y las masas, se tenía el lema “ir al pueblo” (“Going to the people”), que al final condujo a los populistas rusos a un enorme fracaso político en 1874, pero ideológicamente debería ser entendido como una apelación teórica en busca de una sabiduría inmanente en las masas como un intento de crear un puente simbólico entre el mundo socioeconómico de los productores y portadores de la ideología, y el mundo de los destinatarios de la misma (Vilas, 1994).

En una época en la que el populismo ya se había desarrollado en Rusia y Estados Unidos, entre 1896 y 1898, el general Georges Boulanger fue una figura importante en la política de la Tercera República francesa. Se dio a conocer como un héroe insurgente y su ascenso siguió con su nombramiento como ministro de Guerra en 1886. Defendió a los trabajadores y al resurgimiento del nacionalismo; asimismo, hizo campaña contra el régimen parlamentario, buscando derrocarlo en favor de un republicanismo radical plebiscitario. Su rol destacado se debió en gran parte a su oposición al régimen parlamentario existente y a sus acusaciones contra la corrupción, apelando a una compilación heterogénea de campesinos, obreros y socialistas radicales (Passmore, 2012). Su ataque fue contra una elite que aún se considera monárquica y abogó por un "proyecto democrático heterodoxo" con un estado fuerte y una democracia plebiscitaria integral e incluyente (Betz en Kaltwasser, 2017). Lo que unió a los populistas estadounidenses, rusos y franceses del siglo XIX fue su alusión compartida, en diversas formas, a la "verdadera" población rural común, y más que eso, los tres ejemplos clásicos de populismo antes descritos se caracterizan por haber hecho un llamado a “el pueblo” como inherentemente virtuoso y obediente o desfavorecido. También había una creencia muy intensa de que la política

democrática debía ser conducida más cercana a la gente y un orgullo nacionalista impregnaba los tres sucesos.

El componente emocional estaba muy presente en los casos anteriores, ya que, de acuerdo a la interpretación que se puede hacer de los autores revisados, existían los sentimientos de descontento y de sospecha. La crisis capitalista, el empobrecimiento de la mayoría y el enriquecimiento de una minoría en el caso ruso; la crisis agraria y el reclamo de regresar al pueblo los bienes que le corresponden por parte de los populistas estadounidenses; el orgullo nacionalista, la apelación al pueblo como un ente dotado de virtud y la cercanía que debería mantenerse entre el gobierno y el pueblo son indicadores de que los movimientos populistas nativos se nutrieron de cierta emocionalidad y respondieron de tal modo llevados por actitudes de descontento hacia sentimientos de esperanza con una clara tendencia dicotómica en el discurso de los líderes.

En América Latina se denomina populista al tipo de régimen o de movimiento político que expresa una coincidencia inestable de intereses de sectores y elementos subordinados de las clases dominantes y de fracciones emergentes, sobre todo urbanas, de las clases populares (Vilas, 1994). Este populismo enmarca el proceso de incorporación de las clases populares a la vida política institucional. Es importante tener en cuenta que esa es una definición de populismo en Latinoamérica atendiendo a prácticas políticas características de un régimen, pero en el objeto de este estudio únicamente se tomará solo como referencia histórica, ya que la vertiente de populismo que nos interesa es aquella que atañe al concepto como ideología de identificación del líder con el pueblo y como parte de una estructura discursiva dicotómica y polarizante en la comunicación presidencial de Andrés Manuel López Obrador, mandatario mexicano de 2018 a 2024.

El “populismo clásico” puede distinguirse de lo que más adelante han llamado “neopopulismo” porque el primero toma en cuenta las acepciones sobre el “pueblo sabio” que ya habían adoptado los rusos y norteamericanos, el culto a la personalidad de un líder carismático, la estructura discursiva dicotómica (la élite

contra el pueblo) (Mudde, 2004), entre otras características. Al principio se consideraba que las bases del populismo clásico eran masas ignorantes, sin experiencia política o sindical previa, movidas por el resentimiento y el revanchismo, siempre disponibles para seguir a aventureros y provocadores. Esas bases eran, ante todo, masas carentes de experiencia organizativa, sin exposición a las múltiples dimensiones de la vida urbana; masas para las que el sistema institucional carecía de espacios y de propuestas, y que se encontraron en disponibilidad para la convocatoria populista (Vilas, 1994).

Los procesos, regímenes y dirigentes considerados populistas clásicos son algunos de los más importantes de la América Latina del siglo XX: el peronismo argentino, el cardenismo en México, el gaitanismo colombiano, el chavismo en Venezuela, el varguismo brasileño, el batllismo uruguayo y, en circunstancias similares al presidencialismo que se analizará en este estudio también se considera a Vladimir Putin con un nuevo modelo populista ruso post – soviético. Se toman estos modelos como referencias porque en prácticamente todos ellos se logró una alta concentración de poder gracias a sus estrategias discursivas y mediáticas, así como también dada la estrecha relación con su pueblo.

Por su apelación al “pueblo”, generalmente el discurso populista alude a las masas y a la movilización, pero en este apartado no se da importancia a la relación existente entre el líder y las masas; únicamente se toman en cuenta las discusiones literarias que abordan precisamente el discurso populista, entre las que se encuentra Weffort (1970), para quien el populismo, en su segunda etapa histórica, puede verse como un estilo de gobierno siempre sensible a las presiones populares, o como política de masas, que buscaba conducir las manipulando sus aspiraciones; el populismo sólo puede ser comprendido en el contexto del proceso de crisis política y de desarrollo económico que se abre con la revolución de 1930. Durante los regímenes populistas latinoamericanos de los años 30, la inversión privada continuó siendo determinante pese al notorio incremento de la inversión pública; esto habría de definir un ingrediente de vulnerabilidad en la estrategia populista. En la medida en que se sintieron agredidos o desestimulados por algún discurso “estridente” del dirigente, los

empresarios reaccionaron reduciendo sus niveles de inversión e incluso exportando capitales.

En la literatura de distintas regiones, es posible encontrar algunas variaciones sobre el populismo; por ejemplo, Torcuato Di Tella (1968) pensaba que había fuentes que fortalecían los nexos entre la masa y el líder, por ejemplo una élite ubicada en los niveles medios o altos de la sociedad, una masa movilizadora como producto de la “revolución de las aspiraciones y una ideología o estado emocional difundido que favorece la comunicación entre líderes y seguidores, creando un entusiasmo colectivo. Aquí se puede ver nuevamente que el componente emocional es inherente a la ideología populista, ya que las emociones, desde el tiempo que Taine (citado en Laclau, 2005) consideraba a las multitudes entes apasionados, los rusos daban importancia a las virtudes emocionales del pueblo “bueno” y Estados Unidos atendía el llamado inconforme de repartición de riqueza, han ejercido un rol acompañante del gobierno basado en el pueblo. Weffort (1989) veía el populismo como la expresión del periodo de crisis de la oligarquía y del proceso democratizador en América Latina, pero, sobre todo, como la expresión del surgimiento de las clases populares urbanas.

Por su parte, Marcel Gauchet (1993) ha señalado que la “enfermedad populista de la democracia contemporánea proviene de la desaparición de un “contrapoder” de la mente. Dentro de esta sociedad dual, los demagogos pueden prosperar fácilmente, listos para dar respuestas impulsivas y astutas a necesidades no articuladas, capaces de traducir la aspiración democrática de una empresa política comunitaria en un desdén populista por la política. Más que una expresión democrática de la política, el populismo puede ser tomado como un significante, o bien, como el signo de un malestar de las sociedades democráticas modernas, tanto de ausencia como de necesidad: la ausencia de una interacción necesaria entre las demos y los intelectuales, y la necesidad de *téchne politiké* (el arte de hacer política). (Urbinatti, 1998)

En el caso de Laclau (1977, 2005), hay un acercamiento desde una perspectiva marxista. A él no le preocupaba el tema de la industrialización capitalista y la

forma en que ésta deja a las masas desprovistas de identidad, sino que dicha industrialización crea diversas identidades que compiten con la de la clase proletaria que provocaría la transición al socialismo. Laclau (1977) sostenía que la creación de esa identidad requiere acción política y eso se logra a través de un movimiento encabezado por un líder carismático. Al postular una identidad de “pueblo”, la identidad es capaz de superar ciertas diferencias uniendo a los ciudadanos en contra de una élite capitalista. El líder carismático es un componente primordial en el proceso porque proporciona un significativo vacío en el que los ciudadanos pueden leer sus intereses individuales.

A pesar de que los líderes de los movimientos populistas fueran varones salidos de los grupos intermedios de la sociedad, estuvieran vinculados a ciertos aparatos estatales o políticos, o gente con una amplia preparación académica, se comunicaban de manera sencilla con la población que sería más adelante la base social de su proyecto político y el hecho de que el discurso político del dirigente populista estuviera desprovisto de terminología compleja y se centrara en la presentación de pocas ideas – eje en cada aparición está directamente relacionada con la habilidad del líder para llegar a los auditorios de trabajadores poco escolarizados. (De Ipola, E., 1982). Algunos autores como Steve Stein (1986) identifican en el tipo populista clásico de liderazgo político una adaptación de las viejas prácticas del clientelismo (Duncan, J., 1970; Kaufman, R., 1974, citados en Vilas, 1994), ya que se remonta a ciertos aspectos de la relación patrono/cliente, reflejada en una forma de retribución recíproca que se encuentra en la relación dirigente/masas: las masas brindan apoyo político y se movilizan a cambio de empleo, participación, bienestar y un sentimiento de dignidad (Menéndez Carrión en Vilas, C., 1994). Gino Germani (1977) se enfocaba mayormente en el aspecto de la modernización dentro del populismo, pero en relación con la participación de las masas, él creía que la experiencia de “ser tomados en cuenta y el ser parte de algo” era un punto importante para las masas, y Roberts (1995, citado en Espejo, 2017) complementó la idea afirmando que los líderes son capaces de movilizar apoyo, pero solo si hay ciertos temas o símbolos que les hagan recobrar una identidad como “pueblo”, tales como la lucha contra la

corrupción, la extensión de los derechos de los ciudadanos y el desafío del “pueblo” contra los burócratas y las élites políticas.

Sin embargo, para autores como Nadia Urbinatti (1998), cuando un líder obtiene y mantiene su poder de afirmar que habla por las personas sin limitaciones institucionales, es solo un diminuto paso hacia el autoritarismo y la invasión de los derechos de las minorías (Urbinatti, 1998, citado en Espejo, 2017). El punto anterior es una de las directrices teóricas que nos permite afirmar que el discurso presidencial populista que conlleva una enorme popularidad efectivamente puede eliminar contrapesos a nivel comunicativo y concentrar un enorme poder, generando un nuevo estilo de gobernar y de comunicarse con el pueblo.

En resumen, para Laclau (2005) el populismo consiste “en la presentación de las interpelaciones popular – democráticas como conjunto sintético – antagónico respecto de la ideología dominante” (p. 201) y comienza en el punto en que los elementos popular – democráticos se presentan como opción antagónica frente a la ideología del bloque dominante” (Laclau, 2005), p. 206)

Sin profundizar demasiado en las inflexiones particulares, los discursos críticos de los populistas latinoamericanos comparten algunos presupuestos ideológicos sobre los medios con los demás exponentes del «giro a la izquierda» en la región. En ese contexto veces se presentan a los medios como voceros deliberados e instrumentalmente controlados, otras como reproductores de sentido común neoliberal a través de lógicas impersonales. El núcleo común de estas visiones postula que, en la esfera mediática, el poder se encuentra concentrado en minorías que resisten su redistribución. En consecuencia, la hostilidad por parte de los medios ha sido interpretada como la resistencia por parte de estas elites y estos intereses poderosos frente a las agendas reformistas y democratizadoras encabezadas por los propios gobiernos. Como ha mostrado Silvio Waisbord (2014), esas características tienen similitud en sus combinaciones variables de la tradición de la economía política marxista y las corrientes nacional-populares y antiimperialistas. Si tales populismos construyen la contraposición pueblo-élite desde categorías predominantemente clasistas (combinadas con elementos de

nacionalismo y antiimperialismo), los populismos de derecha anclan la interpelación populista en nociones particularistas de nación o raza e identifican al actor antipopular en categorías como el cosmopolitismo, los extranjeros o los intereses foráneos.

Philip Kitzberger (2017) uno de los autores sobre populismo con investigaciones más recientes enfocadas en el “giro a la izquierda”, realizó una serie de comparaciones del populismo de derecha (Donald Trump) con los populismos latinoamericanos contemporáneos y en dichos papers concluyó que el enfrentamiento antagónico con los medios periodísticos en clave populista, desplegado como estrategia de gobierno, es una opción plagada de implicaciones para el presidente estadounidense y su estilo puede fácilmente vincularse con experiencias populistas recientes de izquierda en América Latina, y, aunque existen varias diferencias en cuanto a los sistemas de medios y los marcos político-institucionales, Trump y los populistas latinoamericanos muestran dos semejanzas muy evidentes. La primera tiene relación con el sistemático cuestionamiento público a los medios y al periodismo en su pretensión de legitimidad como proveedores imparciales de información (los líderes revelan sesgos, evidencian intereses y minan la credibilidad de los medios). La segunda similitud consiste en cuestionar el periodismo como institución mediadora de la opinión pública y controlan los espacios de medios tradicionales (los populismos latinoamericanos) o, como en el caso de Trump y otros que Silvio Waisbord (2014) cita en *Vox Populista*, se valen de las redes sociales para interactuar con la gente y con los medios directamente y sin filtros.

Finalmente, Stavrakakis (2017, 2018) – autor contemporáneo que también aborda el populismo – resume todo lo abordado en esta sección definiendo el populismo como un tipo de discurso específico que pretende expresar intereses populares, representando identidades y demandas asociadas (“la voluntad del pueblo” que Urbinatti [1998] describió) contra un establishment o élite que se considera que los socava e impide su satisfacción trayendo como consecuencia las representaciones discursivas que típicamente articulan un marco polarizado y antagónico del campo sociopolítico en un intento por movilizar a los grupos

sociales que se sienten oprimidos y/o excluidos. Éstos son llamados a establecer vínculos de unidad que les permitirán desafiar efectivamente las estructuras de poder establecidas, a fin de influir en el proceso de toma de decisiones. Stavrakakis (2017) estableció en tal sentido un par de criterios que se ensalzan por un enfoque discursivo para facilitar una definición mínima del populismo:

- a) Centrismo en el “pueblo”: el significante “pueblo” opera como un punto elemental de referencia alrededor del cual giran otros significantes e ideas periféricos y frecuentemente antitéticos.
- b) Antielitismo: una representación dicotómica del campo sociopolítico entre el “nosotros” (“los marginados”, “los desamparados”, “el pueblo”) y “ellos” (“el establishment”, la élite)

Además de ofrecer un conjunto de criterios operativos que permitan la identificación diferencial de los discursos populistas, el enfoque formal de Stavrakakis y su arquitectura del discurso político también puede resaltar de forma dinámica la cuestión de dar cuenta de diversos tipos y grados de perfiles populistas, pues como ya se pudo apreciar, no es lo mismo los populismos clásicos suscitados entre 1920 y 1940, los populismos de derecha como el de Trump que ilustra Kitzberger (2017), los de la izquierda posterior al año 2000 o 2010, como evidentemente el populismo de Andrés Manuel López Obrador.

La interacción con la personas es uno de los puntos clave de los líderes populistas para sostener la efectividad de su discurso y su popularidad.

### **Relación líder – pueblo**

¿Cuál podría tomarse como el origen del dominio populista y de una sólida relación entre el líder y su pueblo? En líneas anteriores, se ha referido, como en el caso de Laclau (1977), una pérdida de identidad debido a la industrialización, lo cual podría traducirse en causa de que el populismo se erigiera como una alternativa a favor de las masas empobrecidas. Hawkins (2017) y Rydgreen (2007, citado en Hawkins, 2017) también identificaron un mecanismo causal en la literatura sobre el populismo: la tesis de Emile Durkheim (citado en Hawkins, 2017) sobre la “sociedad de masas”, que gira precisamente en torno a las amenazas a la

cultura y a esos sentimientos de identidad olvidada, que posteriormente dictan la importancia de que emerja un dirigente. Los líderes carismáticos (que la mayoría de la literatura retoma de Max Weber), son percibidos como poseedores de atributos “excepcionales” o incluso “casi divinos” y juegan un papel especial, porque, como decía Laclau (1977) sin ellos, no sería posible ejercer determinada acción política “en pro del pueblo”. Al final, ellos se posicionan en la periferia de la política dominante y ofreciéndose como la personificación de la voluntad popular.

Durkheim no abordó directamente el populismo, pero varias ramas de la teoría del populismo se apropian de su tesis de sociedad de masas. La mayoría de estos argumentan que el populismo se basa en la debilidad o ausencia de la sociedad civil de base masiva (Lubbers y Scheepers, 2000; Roberts, 1995; Vilas, 1992, citados en Hawkins, 2017). Por ejemplo, los cambios estructurales en la forma en que se maneja el trabajo producen una fuerza laboral fragmentada; sin sindicatos poderosos para reforzar un nuevo sentido de identidad de clase, por lo que los individuos se encuentran impotentes para movilizarse y el descontento crece, en especial cuando la identificación de los partidos también es débil, como en el caso mexicano, en el que, luego de las elecciones de 2018, sus sistemas de partidos estaban frágiles, había una marcada fragmentación y existía una evidente incapacidad para organizar de forma autónoma una búsqueda de alguna otra fuente de identidad para los individuos (Hawkins, 2017).

Los ciudadanos encontrarían entonces esa identidad en la política populista. Los llamados populistas atraviesan la clase y la ideología, ofreciendo una identidad amplia y "popular" que proclama a las masas previamente marginadas el rostro real de la soberanía. Esta identidad popular se constituye de manera positiva, en referencia a la supuesta superioridad moral de la gente común (a la que también han apelado otros autores y los mismos representantes de los populismos ruso, norteamericano y francés), pero también de manera negativa, al postular una historia de explotación a manos de una élite corrupta. Atendiendo la definición de líder carismático de Weber que se enunció en el apartado anterior y la concepción de sociedad de masas de Durkheim, algunos académicos cuestionan si una identidad popular puede servir alguna vez como una base estable y de largo plazo

para la cohesión social (Di Tella, 1965; Di Tella, 1997; Ianni, 1975; Weffort, 1978 citados en Hawkins, 2017)

En relación con la movilización de masas, se considera que el pensamiento de Taine (citado en Laclau, 2005) fue precursor de este concepto, ya que desde el tiempo de la Revolución Francesa (1789 – 1799) y el absolutismo de la época, él habló de la movilización de las multitudes como un acto salvaje e instintivo, o bien, como producto del colapso de los mecanismos de autoridad (idea que posteriormente retomaron otros autores como ya se pudo apreciar en Durkheim y su teoría de sociedad de masas):

En medio de una sociedad desintegrada, bajo un gobierno que ha pasado a serlo solo en apariencia, se pone de manifiesto que se está gestando una invasión, una invasión de bárbaros que se completará mediante el terror, que ha comenzado con violencia, y que, como la invasión de los normandos en los siglos X y XI, termina con la conquista y la desposesión de toda una clase. Ésta es la obra de Versalles y París; y allí, en París y también en Versalles, algunos por su falta de previsión y su pasión, y otros por su ceguera e indecisión – los últimos por debilidad y los primeros por la violencia –, todos se están esforzando por lograrlo” (pp. 79 – 80).

Taine (citado en Laclau, 2005) afirmaba que la incapacidad del gobierno para controlar la situación se presentó como resultado de la falta de previsión, de la pasión, ceguera e indecisión, brindando así una descripción de la sociedad francesa como un organismo social amenazado por la irritación de fuerzas que tienden a la desintegración como resultado de pulsiones instintivas desatadas que suelen estar bajo control gracias a las normas sociales. De acuerdo con la noción de Taine (citado en Laclau, 2005), los líderes “no poseían capacidades especiales ni poder carismático, ya que solo la ‘escoria’ loca de la sociedad podría manipular a una multitud reunida” (p. 86) y las turbas serían, en todo caso, controladas por los sectores criminales de la población como consecuencia del “contagio mental”.

En los casos de Rusia y Estados Unidos, se tenía como objeto dar importancia al pueblo, otorgándole a éste virtudes de pureza, bondad y sabiduría inmanentes;

Rusia lo mostró con el lema "Going to the people" y las políticas ejercidas en torno a esa ideología. La apelación estadounidense a la sabiduría del pueblo ganó por parte de autores como Hofstadter (1955) críticas y desconfianza. Años después, autores clásicos como Torcuato di Tella (1968) le dieron otra significación al fuerte vínculo entre la masa y el líder, afirmando que había fuentes que fortalecían los nexos entre la masa y el líder, y como muestra de ello estaba una élite ubicada en los niveles medios o altos de la sociedad y una masa movilizadora como producto de la revolución de las aspiraciones y una ideología o estado emocional difundido que favorece la comunicación entre líderes y seguidores, creando un entusiasmo colectivo.

A ese respecto, Francisco Weffort (1970) coincidía con Di Tella (1968) en que las masas obedecen a ciertas expectativas creadas por décadas afirmando que en el fenómeno populista se da una "manipulación" de las masas por parte del líder, misma que corresponde con una satisfacción de tales aspiraciones largamente esperadas; es así como el líder populista manipula a las masas para que éstas se encuadren dentro de los límites que él imponga y al mismo tiempo activa mecanismos de satisfacción de sus deseos. Gino Germani (1977) se enfocaba mayormente en el aspecto de la modernización dentro del populismo, pero en relación con la participación de las masas, él creía firmemente que, si bien, la adhesión de las clases populares a los proyectos populistas se obtiene gracias a promesas y al "carisma" de los líderes, el funcionamiento del apoyo popular a los regímenes nacional – populares también se debe a la experiencia de participación, el "ser tomados en cuenta y el ser parte de algo".

En la era moderna (siglo XIX), Napoleón es considerado como el primer líder en utilizar la movilización popular de una manera manipuladora. Este dirigente francés al notar que los intelectuales se oponían a sus ambiciones imperiales, incentivó los sentimientos anti elite de las personas a fin de deshonrar a los intelectuales como "ideólogos" y "doctrinarios" (Urbinatti, 1998). La estrategia demagógica de Napoleón tuvo un eco importante en Europa. Benito Mussolini habló fuertemente contra los intelectuales, estigmatizándolos como elitistas y enemigos del pueblo. Exaltó la ingenuidad popular y el espíritu pasional y retrató a

sus críticos como intelectuales desdeñosos. Tanto Napoleón Bonaparte como Mussolini y otros líderes personalistas llegaron a un punto radical, construyendo gobiernos de tonalidades fascistas de posterior concentración total del poder valiéndose de la buena relación con el pueblo (Urbinatti, 1998).

Gran parte de los líderes no tomaba en serio las necesidades del pueblo; más bien se servían de ellas sabiendo que de ahí emanaría su poder. En ese sentido, cabe señalar que existen un sinnúmero de discusiones, paradojas y contradicciones en cuanto a las diversas acepciones con las que cuenta el significante “pueblo”. Una de ellas se puede encontrar en el relato referido al *téchne politiké* (el arte político) como “regalo de Zeus”, Protágoras (citado en Urbinatti, 1998) no negó que la competencia (el manejo de los términos y prácticas políticas con talento y eficacia) puede desempeñar un papel relevante en el gobierno; lo que sí negó fue que la competencia debería sustituir a la política, misma que mantiene su función crucial de juzgar y controlar las decisiones y resoluciones que “algunos” proponen y hacen. Los intelectuales (la “minoría”) no son necesariamente los enemigos de la democracia como consideraron en su tiempo Napoleón, Mussolini y otros líderes, a menos que tomen en sus propias manos el poder de hablar (deliberación y control), reduciendo a las personas a una masa silenciosa de súbditos obedientes. La expropiación de *téchne politiké* por unos pocos ha sido una tentación recurrente, a veces en nombre de una buena causa, muchas veces para privatizar “el regalo gratuito de Zeus” referido por Protágoras. En cualquier caso, el argumento utilizado por unos pocos ha sido que la gente común es incompetente, vulgar y no apta para la deliberación política (Urbinatti, 1998).

Como ya se hizo mención anteriormente, es importante la apelación que se hace a las cualidades del líder, pues con base en ello es que éste se auto proclama el representante de la “voluntad del pueblo”, pero antes de desarrollar lo que es “la voluntad del pueblo”, hay que tener en cuenta las contradicciones y debates suscitados en torno al significante “pueblo”.

Además de los investigadores que ahondaron en la importancia del vínculo entre las masas y el líder, así como en la importancia del concepto “pueblo”, Gustave Le

Bon (1995) abordó la contradicción contenida en la percepción existente sobre las multitudes:

Las multitudes son algo así como la esfinge de una antigua fábula: debemos llegar a una solución de los problemas planteados por su psicología, o resignarnos a ser devorados por ella (Le Bon, G., 1995, p. 124)

Le Bon (1995) trazó la descripción más sistemática de la psicología de las masas que se había hecho hasta el momento en que él hizo su análisis, y la pieza clave de éste fue la noción de “sugestión” de las masas. Según Le Bon, para que las palabras ejerzan una influencia potente en una multitud, basta con encontrar imágenes que son evocadas por esas palabras independientemente de su significado. A partir de la percepción entre imágenes y significados que tenía Le Bon en relación con las multitudes, este pensador dedicaba el siguiente consejo a las figuras políticas de su tiempo:

Una de las funciones más importantes de un estadista consiste entonces en bautizar con palabras populares o al menos indiferentes cosas que la multitud no puede soportar bajo sus antiguas denominaciones. El poder de las palabras es tan fuerte que bastará con designar con términos bien elegidos las cosas más odiosas para volverlas aceptables a las masas” (p. 128 – 129).

Aquí se puede observar que, al mismo tiempo que se les da una gran relevancia a las masas por ser las receptoras de los mensajes de un líder, también se les menosprecia al considerárseles multitudes ignorantes que sucumben ante las promesas de un cambio, ante una esperanza de ver satisfecha su hambre de justicia.

Con base en todo lo anteriormente descrito, se desarrollará la investigación que detalla la estrategia comunicativa del actual presidente de México a fin de demostrar que si se apela a las emociones de sus simpatizantes, podrá lograr una mayor concentración de poder.

## Bibliografía

- Abts, K., & Rummens, S. (2007). Populism versus democracy. *Political studies*, 55(2), 405-424.
- Bravo Ahuja Ruiz, V. E., & Michel, M. A. (1976). Alianza de clases y dominación: México 1930-1946. *Historia y Sociedad*(9), 31-51.
- Canovan, M. (1981). *Populism*: Houghton Mifflin Harcourt P.
- Canovan, M. (1999). Trust the people! Populism and the two faces of democracy. *Political studies*, 47(1), 2-16.
- Conaghan, C. M. (1994). *Democracy that Matters: The Search for Authenticity, Legitimacy, and Civic Competence in the Andes*: University of Notre Dame, Helen Kellogg Institute for International Studies.
- De Ipola, E. (1982). *Ideología y discurso populista* (Vol. 3): Folios Ediciones.
- De la Torre, C. (2017). Populism in Latin America. *The Oxford Handbook of Populism*, 195.
- De Ípola, E. (1986). Cultura, orden democrático y socialismo. *La ciudad futura*, 1, 33-35.
- Di Tella, T. (1968). Stalemate or coexistence in Argentina. *Latin America. Reform or Revolution*, 249-263.
- Durden, R. F. (1965). Ambiguities in the Antislavery Crusade of the Republican Party. Duberman, ed., *Antislavery Vanguard*, 362-394.
- Ernesto, L. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Ernesto, L., & Chantal, M. (1985). *Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics*. In: London: Verso.
- Fraser, N., & Navarro, M. (1982). Eva Perón. La verdad de un mito. In: Buenos Aires, Bruguera.
- Gauchet, M. (1993). Le mal démocratique: Entretien avec Marcel Gauchet. *Esprit* (1940-), 67-89.

- Germani, G. (1962). Clases populares y democracia representativa en América Latina. *Desarrollo Económico*, 23-43.
- Germani, G. (1977). Política y sociedad en una época de transición; de la sociedad tradicional a la sociedad de masas. Retrieved from
- Germani, G. (1978). *Authoritarianism, fascism, and national populism*: Transaction Publishers.
- Glynos, J., & Howarth, D. (2007). *Logics of critical explanation in social and political theory*: Routledge.
- Hawkins, K., Read, M., & Pauwels, T. (2017). Populism and its causes. *The Oxford handbook of populism*, 267-286.
- Hawkins, K. A., & Hansen, D. R. (2006). Dependent civil society: The círculos bolivarianos in Venezuela. *Latin American Research Review*, 102-132.
- Hobbes, T. (1991). *Leviathan*, ed. Richard Tuck. In: Cambridge: Cambridge University Press.
- Hofstadter, R. (1955). The folklore of populism. *Antisemitism in the United States*.
- Honig, B. (2007). Between decision and deliberation: political paradox in democratic theory. *American political science review*, 101(1), 1-17.
- Ionescu, G., & Gellner, E. (1969). *Populism: its meaning and national characteristics*: Macmillan.
- Jagers, J., & Walgrave, S. (2007). Populism as political communication style: An empirical study of political parties' discourse in Belgium. *European Journal of Political Research*, 46(3), 319-345.
- Jesús, M. B. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Gustavo Gili.
- Kaltwasser, C. R. (2012). The ambivalence of populism: threat and corrective for democracy. *Democratization*, 19(2), 184-208.
- Kazin, M. (1995). *The populism passion. An American History*. New York.: Basic Books.

- Kitzberger, P. (2017). ¿ Populismo o narcisismo? Donald Trump versus el periodismo. Nueva Sociedad(270).
- Laclau, E. (1977). Towards a theory of populism. Politics and ideology in Marxist theory, 143-198.
- Laclau, E. (2005). Populism: What's in a Name. Populism and the Mirror of Democracy, 48.
- Lanzaro, J. (2007). La 'tercera ola' de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la social-democracia. Encuentros Latinoamericanos, 1(1), 20-57.
- Le Bon, G. (1995). Opiniile și credințele. București, Editura științifică.
- Lefort, C. (1988). Democracy and political theory: Polity Press.
- López Obrador, A. M. (2018). La salida: decadencia y renacimiento de México. México: Planeta.
- Mainwaring, S., & O'Donnell, G. A. (1992). Issues in democratic consolidation: the new South American democracies in comparative perspective: University of Notre Dame Press.
- Minogue, K. (1969). Populism as a political movement. Populism: Its meaning and national characteristics, 197-211.
- Monsiváis, C. (1982). Cultura Popular: Reir Llorando. Política cultural del Estado mexicano, 15-91.
- Mudde, C. (2004). The populist zeitgeist. Government and opposition, 39(4), 541-563.
- Mudde, C., & Kaltwasser, C. R. (2017). Populism: A very short introduction: Oxford University Press.
- Pécaut, D., Castaño, J. M., & Valencia, J. A. (1987). Orden y violencia: Colombia 1930-1953: Siglo xxi Bogotá.
- Pérez-Liñán, A. (2005). Democratization and constitutional crises in presidential regimes: Toward congressional supremacy? Comparative Political Studies, 38(1), 51-74.

- Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Ochoa Espejo, P., & Ostiguy, P. (2017). Populism: An Overview of the Concept and the State of the Art.
- Schmitt, C., & Reyes, M. A. (1996). Sobre el parlamentarismo: Tecnos Madrid.
- Stanley, B. (2008). The thin ideology of populism. *Journal of political ideologies*, 13(1), 95-110.
- Stavrakakis, Y. (2017). Discourse theory in populism research. *Journal of language and politics*, 16(4), 523-534.
- Stein, S., & Miller, L. (1986). Lima obrera, 1900-1930 (Vol. 1): Ediciones El Virrey.
- Taggart, P. (2000). Populism: Concepts in the social sciences. Philadelphia: Open.
- Taguieff, P.-A. (1995). Political science confronts populism: from a conceptual mirage to a real problem. *Telos*, 1995(103), 9-43.
- Tonnies, F. (2017). *Communism, Conformity and Liberties*: Routledge.
- Urbinati, N. (1998). Democracy and populism. *Constellations*, 5(1), 110-124.
- Urbinati, N. (2013). The populist phenomenon. *Raisons politiques*(3), 137-154.
- Vilas, C. (1994). Estudio preliminar. El populismo o la democratización fundamental de América Latina. *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, 11-118.
- Waisbord, S. (2014). *Vox populista: medios, periodismo y democracia*: Gedisa Barcelona.
- Waisbord, S., & Amado, A. (2017). Populist communication by digital means: Presidential Twitter in Latin America. *Information, Communication & Society*, 20(9), 1330-1346.
- WEFFORT, F. (1970). *Sindicatos e Política. 1970. Livre Docência—USP, São Paulo.*
- Weffort, F. C. (1989). *O populismo na política brasileira*: Paz e Terra Rio de Janeiro.
- Weyland, K. (1996). Neopopulism and neoliberalism in Latin America: Unexpected affinities. *Studies in Comparative International Development*, 31(3), 3-31.
- Weyland, K. (2001). Clarifying a contested concept: Populism in the study of Latin American politics. *Comparative politics*, 1-22.
- White, S., & McAllister, I. (2008). The Putin Phenomenon. *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, 24(4), 604-628.